

El Pluralismo del Alma Empírica en el Individuo y sus Condiciones Sociales

Por el Dr. P. A. SOROKIN.—
Colaboración especial para la Revis-
ta Mexicana de Sociología.—Tra-
ducción de Angela Müller Montiel.

I

EL alma humana es un complejo infinito con aspectos que todavía nos son desconocidos. Una completa comprensión de su naturaleza y de su misteriosa vida es algo que excede en mucho las capacidades de mi limitada mente. Por esta razón no me propongo discutir ni su naturaleza teológica y metafísica, ni su evolución total. Limitaré mi trabajo a un examen de su estructura *empírica*, es decir, de la forma en la cual se manifiesta a través de la mentalidad y de la conducta exterior de un individuo, esto es, de sus ideas, creencias, convicciones, sensaciones, gustos y aspiraciones, en una palabra, a través de su comportamiento hacia los demás. Esta forma empírica de la mentalidad y de la conducta de la persona es lo que puede llamarse su alma empírica, la cual constituye solamente uno de los muchos aspectos de ese complejo infinito. Examinemos pues su estructura y algunas de sus manifestaciones cotidianas.

II

Generalmente se cree que el individuo normal tiene una unidad integrada de personalidad, con un yo único e indivisible, un ego, es decir, un alma empírica. Un dualismo de almas diferentes en el mismo individuo como el del doctor Jekyll y Mr. Hyde, se admite, pero solamente como un fenómeno patológico. La creencia de algunos grupos preliterarios relativa a que el hombre tiene varias almas es considerada como una superstición infantil. Pero a pesar de su popularidad, esta opinión general me parece poco acertada y creo que necesita una revisión radical. Los que sostienen dicha opinión consideran el alma empírica del hombre como los físicos antiguos consideraban el átomo, como algo único e indivisible. Por lo que respecta al átomo ya se ha corregido el error de los antiguos, todo físico contemporáneo sabe que la unidad del átomo es un mito, que de hecho es una constelación dinámica de electrones, protones y neutrones, que dista mucho de ser indivisible e inmutable. Una rectificación semejante se impone por lo que hace a la estructura del alma empírica. Mi tesis es que *el individuo no tiene un alma empírica, un yo, un ego, sino varios: primero, el yo biológico, y después varios egos sociales. El individuo tiene tantos egos sociales diferentes como grupos sociales con los cuales esté conectado y de los que, voluntaria o involuntariamente sea miembro. Estos egos son tan diferentes entre sí como los grupos sociales de los cuales se derivan. Si algunos de estos grupos son antagonistas entre sí, entonces los respectivos egos que los representan en el individuo, serán también antagonistas.* Esta es la primera parte de mi tesis. Antes de formular la segunda parte, me parece prudente detenerme en este punto y hacer algunos breves comentarios a mis proposiciones. El hecho de que el individuo tiene un ego biológico diferente del social es algo conocido desde hace mucho tiempo. El antiguo

conflicto entre la carne y el espíritu, entre las tentaciones carnales y los deberes morales, los puntos de vista sostenidos unánimemente por casi todas las religiones y los grandes moralistas, todo eso constituye un reconocimiento explícito de la existencia de los *yo*s biológico y social del hombre. En las últimas décadas este dualismo biológico y social en el alma del hombre ha alcanzado un reconocimiento cada vez más amplio. Las teorías de Freud y las de otras escuelas psicoanalíticas, lo mismo que otras de distinta clase, sostienen que hay un ego inconsciente o subconsciente que es diferente y a menudo antagónico del ego consciente o social de la persona. Por numerosas que sean las fallas de estas teorías en otros aspectos, en ese punto básico se mueven todas sobre un terreno sólido. Una de las mejores expresiones de este dualismo del alma humana la encontramos en la obra del eminente sociólogo francés, E. Durkheim. En sus obras y particularmente en su estudio titulado: *Le dualisme de la nature humaine*, afirma que “hay dos egos en todo individuo: el biológico y el social”. “No sin razón nos sentimos dobles, el hombre, en realidad es dualista. Existen verdaderamente dos clases de estados de conciencia, antagónicos en su origen, naturaleza y fines. Algunos de ellos expresan solamente nuestra naturaleza biológica y los objetos a los cuales está íntimamente ligada. Estrechos y estrictamente individualistas nos atan a nosotros mismos y no podemos librarnos de ellos pues es imposible que nos libremos de nuestro cuerpo. Por el contrario, otras formas de conciencia nos llegan del exterior, de la sociedad. Estas son las manifestaciones sociales que se expresan dentro del individuo y que nos ligan a fenómenos realizados fuera de las fronteras de nuestro cuerpo. Son impersonales y nos dirigen hacia objetivos comunes a otras personas. Solamente a través de ellos es posible nuestra asociación con otros individuos. Estamos hechos de dos partes: es como si consistiéramos de dos seres que, aunque están constantemente asociados entre sí, están formados de diferentes elementos y orientados en direcciones opuestas”. Las obser-

vaciones y experiencias de todo ser humano corroboran incesantemente este dualismo. En la esfera moral se manifiesta a través de la oposición entre los deseos y acciones egoístas y altruístas; entre nuestros egos carnal y social; entre las tentaciones biológicas y el deber moral y social; entre los apetitos corporales y las normas sociales que los inhiben; entre la carne y el espíritu.

El asceta que mata la mayor parte de sus necesidades corporales y el soldado que se sobrepone al miedo biológico a la muerte y libremente se sacrifica en cumplimiento de su deber, son ejemplos de personas cuyos egos sociales decididamente triunfan sobre sus egos biológicos. El criminal, el lujurioso, el glotón que fácilmente sucumben entre las tentaciones carnales a pesar de la protesta de su ego social y de la certidumbre de que están haciendo mal, son ejemplos de personas cuyos egos sociales, muy débiles son fácilmente derrotados por los egos biológicos. En la esfera intelectual el contraste entre estos dos egos es igualmente claro. Se manifiesta en la diferencia entre sensaciones y percepciones estrictamente individualistas e intransferibles de un ego al otro y los conceptos impersonales y anónimos que son transferibles y comunes a muchas personas; entre la opinión subjetiva y la verdad objetiva, que siempre representa el resultado de la experiencia común, verificable por todos y cada uno.

Para resumir, la existencia en todo individuo de dos egos diferentes, el biológico y el social, es algo incuestionable.

Desde este punto de vista las teorías de Durkheim y de muchos otros, constituyen un decidido adelanto en comparación con la idea de que sólo hay un yo empírico único e indivisible en cada individuo. Sin embargo, todavía son muy limitadas puesto que suponen que el ego social de una persona es uno e indivisible. De hecho casi todos los individuos y especialmente aquellos que viven en una sociedad diferenciada y estratificada y son miembros de varios grupos sociales, no tienen uno, sino varios egos sociales que, ocasionalmente resultan contradictorios entre sí.

Los diversos egos pueden aparecer como uno solo a través de las diversas funciones del sistema nervioso, por estar incorporados a un solo cuerpo, especialmente cuando son mutuamente solidarios y armoniosos, cuando piensan similarmente, sienten igual e impulsan al individuo a ejecutar acciones iguales o, por lo menos, no contradictorias. Pero, a pesar de esto, permanecen siendo distintamente diferentes. Son tan diferentes como los discos de la *Missa Solemnis*, *Old Man River*, *The Blue Danub* o *St. Louis Blues*, aunque estén tocados por el mismo fonógrafo que, en este caso, es nuestro sistema nervioso y nuestro cuerpo. “El yo familiar” de un individuo es diferente, tanto en mentalidad como en acción de su “yo profesional”, el cual a su vez es distinto de su “yo religioso”, “ciudadano”, “recreativo” o “político”, todos los cuales son también diferentes de sus *yos* de raza, de nacionalidad, de sexo o de edad. En general, cada uno de nosotros tenemos tantos egos sociales como grupos sociales a los cuales pertenecemos. La experiencia personal y la observación cotidiana ampliamente corroboran estas generalizaciones. Cuando estamos en relación con nuestro grupo familiar, pensamos, sentimos, deseamos y actuamos como padre, madre, hermana, hermano, hijo o hija. Nuestras ideas, emociones, voliciones y valores, lo mismo que nuestras acciones externas son en ese caso, de una cierta clase especial bien conocida para todos nosotros. Cuando nos separamos de la familia y nos dirigimos al sitio de nuestro trabajo desaparece el yo familiar y, dentro de nuestro cuerpo, ocupa su lugar el yo profesional. “El padre, la madre, la hermana, el hijo”, desaparecen con todas sus ideas, sentimientos, voliciones, normas, valores y acciones externas. Su sitio es llenado por el alma profesional y las acciones de un profesor, un ingeniero, un doctor, un senador, un leñador, un carpintero o un agricultor, en sus relaciones con los compañeros de trabajo, ya sean jefes o subordinados. El alma y las acciones profesionales son completamente diferentes del alma y la conducta familiares. Si alguien tratara de sentir y portarse dentro

de sus actividades profesionales de acuerdo con el yo familiar, perdería inmediatamente el trabajo, además de que no faltaría quien lo tildara de chiflado. Cuando vamos a la iglesia y substituímos el yo profesional por el religioso, este yo, también, tanto en su psicología como en sus acciones, se presenta completamente diferente de los dos anteriores. El lugar del "padre, madre, hermano" o del "leñador, profesor o doctor", es ocupado por el yo de un católico, de un protestante o de un budista; las acciones externas que caracterizan al yo familiar o profesional son substituidas por los rezos, la posternación, el canto de himnos y otras actividades religiosas, completamente distintas de las que ejecutan el yo familiar o profesional.

De una manera semejante, cuando el yo religioso es substituido en el "fonógrafo humano" por el yo ciudadano, éste adopta formas completamente distintas de las de los otros. Paga impuestos, asiste a los juicios, obedece a los representantes del gobierno, se somete a los castigos, se hace soldado y decididamente mata a los enemigos del Estado, aún cuando estas muertes, a menudo sean enérgicamente reprobadas por el yo religioso o de otras clases que se encuentren dentro del mismo individuo. Como veremos más adelante, estos conflictos y antagonismos de los diversos yos de un individuo constituyen un fenómeno bastante común. Una transformación semejante o reemplazamiento de nuestros yos tiene lugar cuando nos conectamos con nuestro partido político o con nuestro grupo nacional, racial o recreativo.

Cada uno de estos yos es diferente de todos los demás que tenemos y esta diferencia se manifiesta tanto en la mentalidad como en las acciones externas del individuo. Todo individuo es como un actor que incesantemente tiene que desempeñar distintos papeles en el curso de su vida. La diferencia que existe entre este cambio de papeles o yos y los de un actor teatral consiste principalmente en el hecho de que cada papel de nuestro yo es real, representado en la vida, mientras que los del actor son ficticios.

No sólo son diferentes entre sí los diversos *yos*, también son distintos el escenario y los acompañantes de cada uno de ellos; el hogar es el escenario en que se desenvuelve el yo familiar; la oficina, la fábrica o el laboratorio es el teatro del yo profesional; la iglesia, del religioso; el congreso, los tribunales, la cárcel, el campo de batalla o la oficina de gobierno, del yo ciudadano; el estadio, el club, el teatro, el campo de golf, etc., constituyen el centro de acción del yo recreativo. De la misma manera, los actores que acompañan a cada yo en sus diversas actuaciones son absolutamente heterogéneos: miembros de la familia, compañeros de trabajo, jefes; correligionarios y sacerdotes, cuando se trata del yo profesional, etc. Hasta la apariencia y las costumbres de nuestros diversos *yos* son generalmente distintas: el yo familiar puede aparecer envuelto en una bata de baño, cosa que nunca se permitiría hacer el yo ciudadano o el profesional o el religioso, cada uno de los cuales tiene su propia apariencia, su uniforme o traje apropiado.

Así pues, el hombre es en el fondo, el portador de diferentes almas o *yos* empíricos. Esta diferencia se manifiesta introspectivamente y en la conducta exterior, en la mentalidad humana y en las acciones. Las diferencias que pueden existir dentro de un solo individuo pueden ser tan grandes como las que se encuentran entre los *yos* míticamente “unificados” de personas totalmente distintas.

III

Una vez comprendido lo anterior, resulta claro que todo individuo que pertenece a diferentes grupos experimenta diariamente una serie de transformaciones en la constelación de sus *yos* empíricos. Dicho proceso consiste en un continuo reemplazamiento de sus diversos *yos* en el devenir de su vida y actividades cotidianas.

El individuo realmente se asemeja a un fonógrafo en el cual diariamente se tocan diferentes discos. En la mañana, cuando la mayoría de los seres humanos se encuentran en el seno de la familia, nuestro yo familiar se coloca en primer plano dentro de nuestra personalidad y nos corresponde tocar el disco de dicho yo. Cuando llegamos a la oficina o al lugar de nuestro trabajo el disco familiar es substituido por el profesional y ambos son tan distintos entre sí como el disco de *Home Sweet Home* lo es del *Volga Boatman*. Cuando vamos a la iglesia los domingos, el disco del yo religioso reemplaza a todos los demás. Y así sucesivamente, los discos del yo ciudadano, del recreativo y de todos los demás se van substituyendo entre sí en una marcha continua. Con cada cambio de disco de los diversos yos el individuo cambia, tanto internamente como en sus acciones exteriores. El resultado de todo esto es que un observador objetivo no puede dejar de notar los contrastes agudos y a menudo increíbles que se efectúan dentro del mismo individuo. No es razón que sean tan profundos como los que se observan entre el Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Es difícil encontrar algún punto común entre el Robespierre que lloró en su departamento conmovido por las novelas sentimentales de B. de Saint Pierre, todo tierno, humano y suave y el despiadado y sanguinario de la Convención que tranquilamente pide las cabezas de cientos de personas y aún las de sus propios amigos. Hay muy poca semejanza entre el Lenin que, cuando se mueve dentro de su familia y el círculo de sus amigos íntimos, se estremece de compasión ante un gatito herido y el Lenin estadista que ordena el exterminio de decenas de miles de personas inocentes. Todos conocemos a muchos hombres de negocios, muy cristianos y de sentimientos muy piadosos en la iglesia, que se muestran implacables en su oficina, en donde no piensan más que en arruinar al competidor y no tienen más lema que éste: "negocios son negocios". Millones de cristianos profesan sinceramente la máxima que dice: "no matarás" y "amarás a tu enemigo", cuando es su yo religioso

el que está en el primer plano; para después glorificar a los que han matado en masa a los enemigos sin ningún remordimiento, cuando actúan movidos por el yo ciudadano. Consideradas desde un punto de vista objetivo estas y otras muchas transmutaciones cotidianas que sufren prácticamente todos los individuos normales son, en el fondo, tan profundas como la transformación del Dr. Jekyll en Mr. Hyde.

IV

Una vez establecido el hecho de la pluralidad de los *yos* empíricos en el individuo, lo mismo que su continuo cambio dentro de la misma persona, nos podemos preguntar cuál es la *razón* o *causa* de todo esto. Por lo que respecta a las almas sociales y a sus cambios la respuesta la tenemos a la mano: *Se debe al hecho objetivo de la pluralidad de los diferentes grupos a los cuales pertenecemos*. El formar parte, ya sea voluntaria o involuntariamente de cualquier grupo, ya sea la familia, la iglesia, el estado, el grupo particular recreativo, el partido político, el club o la asociación, es algo que determina definitivamente el tono de nuestras ideas, creencias, valores, normas, emociones, voliciones y, finalmente de nuestras acciones externas. Cada grupo tiene su propia constitución, sus propios valores y sus propias normas a los cuales todos los miembros tienen que obedecer. Cada uno de estos aspectos exige parte de nuestro tiempo, parte de nuestros actos y parte de nuestra personalidad. Cada uno de ellos nos impone determinados deberes y, a veces nos concede ciertos derechos. Todo en sí va exigiendo "su libra de carne y alma". Nos van metiendo su propia personalidad, atrayéndonos para formar parte de su grupo. Mientras estemos dentro de él, debemos tener un yo identificado con ese grupo. Hay que tener un yo católico, cuando se es miembro de la iglesia católica; y un yo americano, cuando se es ciu-

cuando se está dentro de una determinada ocupación. Si no se posee el yo o el alma demandada por el grupo, es decir, si no se tienen sus ideas, sus creencias, sus normas, convicciones y aspiraciones, si no se cumple con los deberes impuestos por el grupo o se realizan los actos que señala, si no se le concede la porción de tiempo y energía requeridos, no es posible seguir formando parte del mismo, cuando se trata de grupos voluntarios, el mismo individuo comprende que tiene que separarse y, cuando son grupos forzosos, se ve sujeto a sanciones y castigos, por violar las leyes del grupo. Como todo el mundo, voluntaria o involuntariamente pertenece a un grupo, es claro que debe tener un yo adaptado al mismo. Pero, como la mayoría de las personas pertenece a varios grupos y estos son diferentes entre sí, el número de yos en dicho individuo es tan grande como el número de grupos a los cuales pertenece y dichos yos son tan diferentes como los grupos de los cuales se derivan. La íntima estructura de la constelación de los egos en una persona, el núcleo mismo de la personalidad, es pues, un microcosmos que refleja su macrocosmos social, es decir la constelación de grupos a los cuales pertenece.

Estas conclusiones adquieren mayor significación si nos damos cuenta de que las actividades de todos nosotros, en el curso de las veinticuatro horas del día, con excepción de aquellas que son puramente fisiológicas, tales como el dormir, el comer, etc., representan las incesantes respuestas a las continuas llamadas de los diversos grupos a los cuales estamos ligados. Con excepción de las actividades fisiológicas, toda nuestra vida está dedicada al cumplimiento de deberes, funciones y actividades, impuestos por nuestros grupos. Las mañanas las ocupamos generalmente en las actividades impuestas por la familia. Algunos dedican unos minutos a los deberes de su grupo religioso cuando rezan o leen la Biblia. Después nos dirigimos a nuestro trabajo que es la parte de nuestras actividades que se lleva la porción del león de nuestro tiempo y energías. Durante la hora de la comida algunos se dirigen a su

club, ya sea científico, rotario o recreativo. Al terminar nuestra jornada de trabajo nos dirigimos, ya sea a un grupo de amigos, al partido político, a la iglesia o en busca de recreaciones. Por la tarde regresamos al seno de nuestra familia con la cual pasamos lo que nos queda de las veinticuatro horas del día. Los domingos dedicamos parte de nuestro tiempo al grupo religioso. De tiempo en tiempo, realizamos también las tareas exigidas por el grupo ciudadano, pagamos impuestos, tomamos parte en los jurados, vamos a los tribunales, pagamos multas por violación a las leyes de tránsito; si se es soldado, entonces, durante varios meses o años toda la energía y el tiempo del individuo son devorados por el Leviathan, Estado. Esta es la forma en que gastamos nuestro día, excepto las horas que dedicamos a dormir o a otras actividades fisiológicas. De las 24 horas del día, unas 14 ó 15 quedan dedicadas a responder a las demandas y presiones de los grupos a los cuales pertenecemos. Y así se suceden los días, con escasas variaciones, a través de toda nuestra vida. Pero eso no es todo. No sólo gastamos la mayor parte de nuestro tiempo, energías, dinero y voluntad en las relaciones que tenemos con nuestros grupos, sino que cada una de nuestras reacciones a las demandas de determinado grupo es definitivamente patrocinada por el mismo. Cada grupo exige de nosotros, no sólo una parte de nuestro tiempo, dinero o energía, sino una respuesta ajustada estrictamente a sus normas cualitativas para cada una de sus llamadas. No puede uno llenar las actividades profesionales de, digamos un profesor, si se porta como un agricultor, o un chofer, o si, se invoca al yo religioso en vez de al profesional. Si durante las horas de trabajo, nos dedicáramos a persignarnos, arrodillarnos o rezar, pronto perderíamos el trabajo; si en la iglesia nos dedicáramos a resolver nuestros problemas profesionales, seguramente que seríamos expelidos de nuestro grupo religioso. Si, en vez de pagar el impuesto fijado, ofreciéramos al Estado darle una conferencia o rezar por él, seguramente que nos veríamos en dificultades. El Estado nos exige un impuesto fijo y

solamente podemos satisfacerlo pagádoselo, en otra forma quedamos sujetos a las sanciones que nos impongan, embargo de la propiedad, cárcel u otra cosa. Y así sucesivamente. En esta forma cada grupo modela definitivamente nuestra conducta, nos impone normas y nos obliga a cumplir con ellas. Como resultado, la conducta total de todos los individuos, con excepción de sus actividades puramente fisiológicas queda determinada, desde la *a* hasta la *z*, cuantitativa y cualitativamente, por la totalidad de los grupos a los cuales está ligado.

Y aún las actividades fisiológicas quedan determinadas en gran parte por los grupos a los cuales pertenecemos. Los obreros nocturnos, tienen que trabajar en la noche, en vez de dormir, porque así lo exige su grupo profesional. Nuestro horario para levantarnos y acostarnos queda fijado por las exigencias de nuestros grupos. A veces, por ejemplo, en el campo de batalla, miles de combatientes no disfrutaban de ninguna hora de sueño o, si acaso pueden dormir, es mucho menos de lo que exigen las necesidades fisiológicas. La clase de alimentos que tomamos y las horas de nuestras comidas también quedan fijadas por las exigencias de nuestros grupos. Para cumplir con las demandas de su grupo religioso, muchas personas ayunan días enteros en vez de hacer caso a sus estómagos. La constelación de grupos, a través de sus normas, determina en gran parte, también las actividades sexuales del individuo: cuándo, con quién y bajo qué condiciones pueda tener relaciones sexuales. A través de la totalidad de controles de los diversos grupos a los cuales pertenece el individuo, la espontaneidad biológica de la actividad sexual queda restringida, limitada y, a veces completamente suprimida o pervertida.

No solamente determinan los grupos casi toda la conducta del individuo, sino que el contenido de su mentalidad es formulado también por ellos, en su mayor parte. Puesto que ninguna de nuestras ideas, científicas o religiosas, o de otra clase, ni ninguna de nuestras convicciones éticas o gustos artísticos han sido biológica-

mente heredados, y ya que todos ellos son adquiridos, quiere decir que los hemos ido acumulando desde el momento de nuestro nacimiento, tomándolos de los grupos, con los cuales directa o indirectamente hemos estado en contacto. Comenzando desde las preferencias personales para usar determinados sombreros en las estaciones, por una bebida o una canción, por un color, etc., y terminando con su nombre, lenguaje, todas sus ideas o creencias, convicciones y normas, preferencias o repulsiones, todo esto que es lo que constituye la personalidad del individuo, ha sido adquirido por el hombre desde el momento de su nacimiento tomándolo de los grupos que lo han rodeado toda su vida y con los cuales ha estado relacionado. Cada uno de estos grupos tiene su propia alma, un conjunto de ideas, valores, normas, creencias y preferencias y cada grupo trata de infundir su alma en cada uno de sus miembros. El resultado es que todos nosotros, por cuanto somos miembros de este o aquel grupo, no puede impedir que se le forme un alma que es el reflejo del alma del grupo. Como cada uno de nosotros pertenece a diferentes grupos, es claro que tenemos tantas almas distintas como grupos con los cuales estamos conectados.

Las consideraciones arriba indicadas son suficientes para demostrar que tenemos varios *yos* diferentes y para fundamentar las razones en las que se basa el pluralismo del alma empírica.

V

De esas proposiciones básicas se deriva una serie de conclusiones posteriores.

Primero, si los grupos a los cuales pertenece un individuo determinado están en relaciones de solidaridad entre sí, si todos impulsan al individuo a pensar, sentir y actuar en la misma forma, si todos lo llevan hacia el mismo objeto y le prescriben los mismos deberes, entonces los diferentes *yos* del individuo que reflejan a

estos grupos, estarán también en armonía entre sí. En ese caso el ego total del individuo será un ego unificado libre de conflictos y luchas internas. Gozará de una verdadera paz interna y de gran consistencia en su conducta. Verá con toda claridad cuáles son sus deberes y derechos, qué es lo que debe hacer y qué lo que no debe hacer. Nunca lo preocupará una duda o indecisión, un conflicto de deberes o una lucha interior. Será como una pelota empujada por diversas fuerzas —en este caso las presiones concordantes de sus grupos—, pero siempre en la misma dirección. Si la familia, el Estado, la Iglesia, el grupo profesional, el partido político y otros grupos a los cuales el individuo puede pertenecer, le mandan la misma cosa, si le imponen las mismas normas de pensamiento, sentimiento y actuación, por ejemplo, ir a luchar contra el enemigo, entonces todos los *yos* de la persona lo empujarán unánimemente a cumplir con su deber gustosamente, aun cuando sacrifique su vida si es necesario. Las personas que se encuentran en esta situación son ciertamente muy felices. Viven siempre con la conciencia tranquila y paz en la mente, sabiendo siempre qué es lo que tienen que hacer. Solamente dichas personas son las que pueden darnos la impresión de que existe un alma integrada y totalmente unificada. Pues, aunque su alma sea un mosaico formado por varias almas diferentes, estas partes componentes, como están en armonía, dan como resultado un alma total unificada.

Si los grupos de un individuo están en conflicto, si lo impulsan a realizar acciones contradictorias y le imponen deberes, ideas y convicciones que no concuerden entre sí; si, por ejemplo, el Estado exige que haga algo que la Iglesia condena, o la familia, o el grupo profesional, entonces los respectivos *yos* de la persona resultarán también mutuamente antagonistas. El individuo estará dividido en partes enemigas entre sí, separadas por los conflictos internos de sus derechos y deberes, lleno de preocupaciones sobre cuál de los caminos divergentes debe seguir. No tendrá paz de espíritu, conciencia tranquila ni verdadera felicidad, así como

tampoco, consistencia en sus acciones. Su conducta será irresoluta o contradictoria, lo mismo que sus pensamientos y voliciones. Será como un bote azotado constantemente por las corrientes opuestas de grupos antagónicos. Si las presiones de estos grupos son iguales, el resultado es un estado de vacilación, de indecisión e irresolución en la mente y en los actos del individuo. Será como un oprimido Hamlet que no sabe qué hacer. Pero si la presión de uno de los grupos es más fuerte, entonces seguirá las órdenes de dicho grupo, aunque con poco entusiasmo y decisión, pues la oposición de su otro yo hará disminuir su poder de acción.

En los años que acaban de pasar el Estado exigió de los trabajadores un esfuerzo extraordinario en la producción bélica. Sus sindicatos, esporádicamente, les dieron órdenes de declararse en huelga. Este conflicto objetivo entre el Estado y el sindicato dió origen a un conflicto interno entre los dos yos de los trabajadores: el yo nacional desaprobaba lo que pedía el yo sindical y viceversa. El resultado ha sido la conducta vacilante y contradictoria de los obreros; unas veces triunfaba su yo nacional y no se declaraban en huelga, pero se sentían defraudados y se quejaban del Estado, de sus empresas, de las condiciones de las fábricas y demás, otras era el yo sindical el que prevalecía y declaraban la huelga, pero sin entusiasmo, sin resolución y sin perseverancia. Un conflicto semejante entre el yo nacional y el religioso se ha producido en miles de cristianos sinceros, a causa de la guerra. El Sermón de la Montaña les ordena que no maten y que amen a sus enemigos, su Estado beligerante, por otra parte, les manda ser patriotas y matar a los enemigos. En algunos han prevalecido las objeciones de conciencia, es decir, el yo religioso y ético; pero el entusiasmo religioso ha disminuido bastante por el conflicto planteado por el deber patriótico. En otros —en la mayoría de los cristianos— prevaleció el yo nacional, pero en muchos, su entusiasmo quedó reprimido por la duda y el reproche de su yo religioso, lo cual los ha condenado muchas veces a ejecutar sin entusiasmo sus deberes para con

el Estado y a una serie de contradicciones en sus acciones y en su mentalidad. Todos los que son a la vez sinceros cristianos y ciudadanos leales han sufrido profundas heridas en su sentimiento de lealtad, la paz de su mente se ha visto profundamente perturbada y su alma terriblemente sacudida.

No hay que pensar que estas personalidades heridas que arrastran su conflicto interno con la consecuente indecisión, dudas y contradicciones, son raras en una población compuesta de muchos grupos diferenciados y estratificados. Si no en forma aguda, si por lo menos en forma crónica estos conflictos internos son hechos cotidianos en la mayoría de los individuos que componen una sociedad tan diferenciada como la nuestra. Son raros los individuos que no tengan de cuando en cuando, un conflicto de deberes y un choque de lealtades en nuestra multiforme constelación de grupos. A veces se trata solamente de un conflicto entre dos o más reuniones de las diferentes sociedades a las cuales pertenecemos, el cual nos obliga a elegir aquella a la que hemos de asistir primero. Pero hay conflictos más importantes y dolorosos entre los deberes para con nuestra familia, Estado, Iglesia, grupo profesional, partido político, sexo, nacionalidad —grupos raciales, de amigos, o de vecinos—, que frecuentemente nos abruman con todas las preocupaciones que les son características. Esto nos explica por qué no sólo los ciudadanos comunes, sino también los líderes y los pensadores más importantes manifiestan frecuentemente tantas contradicciones en sus discursos, escritos y acciones. Cuando obramos movidos por nuestro yo religioso y ético, somos todos hermandad e igualdad para nuestros prójimos y nos declaramos contra las discriminaciones raciales o de cualquier clase, pero cuando actuamos como demócratas del Sur o como miembros de un determinado grupo étnico, pensamos, hablamos y actuamos en forma completamente distinta.

Además, cuando actuamos como miembros de una nación tenemos el deber de aceptar el sacrificio universal por el beneficio

de la misma, cuando actuamos como miembros de un grupo profesional perseguimos, todavía con mayor entusiasmo intereses específicos que a menudo son contradictorios a los del Estado; nos declaramos en huelga, tratamos de enriquecernos a costa del gobierno, de obtener privilegios especiales, etc. De acuerdo con nuestro yo ético proclamamos la soberanía de todas las naciones y su derecho a determinar su régimen político y sus relaciones extranjeras: pero cuando nuestro yo nacional entra en juego, hablamos y actuamos en forma muy distinta, dictamos nuestras órdenes a las naciones más débiles, nos metemos en sus asuntos internos, explícita o implícitamente les exigimos obediencia y las amenazamos con una serie de sanciones económicas y políticas que pueden llegar hasta la bomba atómica y la guerra, si no nos obedecen. Y así prosigue esta trágica comedia de la inconsecuencia y contradicción humanas. No es una hipocresía consciente, sino un inevitable resultado de pertenecer a tantos grupos que frecuentemente resultan antagónicos.

VI

Tanto en la vida social como en la individual, la existencia de muchos grupos y almas en conflicto da origen a problemas muy graves. En la vida social de una población diferenciada en varios grupos antagónicos, con distintos sistemas de valores, se producen egoísmos de grupo, tensiones y choques que comienzan con las rivalidades superficiales y terminan con los motines, revueltas, revoluciones y guerras internacionales. Desde fines de la Edad Media hasta nuestros días la diferenciación social ha ido en aumento y el fondo común de valores de los diferentes grupos ha ido disminuyendo. Como consecuencia, la competencia y la rivalidad entre los grupos, que llega hasta las guerras civiles y las revoluciones, ha ido en aumento, con fluctuaciones secundarias, a pesar de todos

los progresos de la ciencia, la educación, las artes, la economía, las enseñanzas éticas y religiosas y otros factores de solidaridad.

En el siglo veinte, el número de grupos diferentes, cada cual con su sistema de valores propio, que no está subordinado a ningún grupo supremo o universal, ha alcanzado una proporción sin precedente. Los antagonismos de los grupos de diversas clases, también han llegado a extremos desconocidos hasta ahora. Las guerras internacionales y civiles del siglo veinte lo han convertido en el más sangriento de todos los veinticinco siglos que comprende la historia del mundo occidental. Si no por completo, por lo menos en una considerable parte, este aumento en las tensiones de grupos, guerras y revoluciones se debe al factor mencionado. Mientras la humanidad se encuentre diferenciada en una multitud de grupos distintos cuyos valores y objetivos no estén subordinados a ningún conjunto universal de valores supremos y sean distintos entre sí o francamente antagónicos no será posible lograr ni una terminación ni siquiera una disminución substancial de las guerras y revoluciones.

Dicha multitud de almas en el individuo tiene muchas consecuencias: *lo llena de muchos conflictos y preocupaciones internas; le quita la paz interior, la tranquilidad y la felicidad; mina su salud mental y su vitalidad física; lo desmoraliza y lo conduce a la criminalidad; se traga su sentido de lealtad y lo debilita en el cumplimiento de sus obligaciones, aún de las adquiridas libremente.*

Un individuo perpetuamente dividido dentro de sí mismo no puede tener ni paz interior ni verdadera felicidad. Sus conflictos internos inevitablemente lo preocupan, y lo ponen intranquilo y molesto. Eventualmente esto puede llegar hasta minar su salud mental y, junto con ella su vitalidad física y su energía. La corroboración directa de estas afirmaciones la encontramos en la tendencia al suicidio y a las enfermedades mentales que se han observado en las poblaciones occidentales durante los siglos diecinueve y veinte. Como ya se indicó, en dichos siglos, la diferenciación

social de las poblaciones occidentales en una multitud cada vez más diversa de grupos autónomos y antagonistas, aumentó muchísimo. Al lado de esta diferenciación aumentó también la multitud de almas autónomas y parcialmente antagónicas dentro del individuo. Esta creciente "Parcelación de la persona" en muchas almas contradictorias es la responsable en gran parte del aumento de los suicidios y enfermedades mentales durante este período. Ni el mejoramiento de las condiciones materiales de vida en esta época, hasta 1914, ni el aumento de la educación, ni los notables progresos de la medicina social y de la higiene, ni los progresos de las artes y las ciencias, ni los de otros importantes factores para la felicidad y la salud humanas han podido detener ni disminuir el aumento en las cifras de suicidios y enfermedades mentales. Con escasas fluctuaciones han aumentado y siguen aumentando constantemente. El aumento incesante de los suicidios entre los hombres occidentales corrobora su infelicidad. Un hombre feliz no prefiere la muerte a la vida. Si se suicida, significa que es profundamente infeliz. Si en el Oeste han aumentado las cifras de suicidio, eso quiere decir que ha aumentado también la proporción de personas desgraciadas. Esos datos corroboran directamente nuestras conclusiones.

Los conflictos internos del alma, en forma de preocupaciones, infelicidad y enfermedades mentales, contribuyen al deterioro de la salud física de la persona. Sus efectos en este aspecto, pueden ser nulos para los niños y los jóvenes, cuyas filiaciones se encuentran todavía en un estado flúido y están limitadas a los grupos en que menos conflictos hay, la familia, la escuela y la vecindad. A causa de que pertenecen a un número muy limitado de grupos, no han podido crearse todavía una multitud de almas divergentes; todavía no se dan bien cuenta de sus conflictos y por lo mismo no experimentan todas las preocupaciones y consecuencias de dicha situación. Solamente las personas maduras sienten completamente este proceso angustioso. Esto nos explica por qué ha aumen-

tado el porcentaje de seres vivos entre los niños y grupos jóvenes a medida que han mejorado las condiciones materiales y que ha progresado la ciencia médica y la higiene y por qué entre los grupos maduros no ha aumentado también la cifra de longevidad en la misma proporción. Hablando en términos generales las personas que pasan de los 45 años mueren ahora a la misma edad que vivieron hace treinta o cuarenta años y hasta podríamos decir que un poco antes. Una de las razones de este fenómeno es la presencia de los conflictos internos ya mencionados. Estos conflictos anulan los benéficos efectos del mejoramiento de las condiciones de vida, en la ciencia médica y de otros factores materiales que podrían aumentar la longevidad.

Pero todavía más tangibles son los efectos desmoralizadores y criminalizantes de la situación mencionada. Cuando la persona, desde el momento de su nacimiento, es colocada en un medio de valores y normas de conducta mutuamente contradictorios, cuando un grupo le enseña que el voto de matrimonio es sagrado, mientras que otro le dice que no es más que un prejuicio burgués, dicha persona será muy difícil que llegue nunca a considerar sagrado ningún valor ni a sentirse incondicionalmente ligada a ninguna norma. Para ella todos los valores y normas serán considerados como algo relativo, como simples convenciones que pueden llegar a romperse si las exigencias del ego biológico nos obligan a dicha transgresión. El poder de control de estas normas sobre dicha persona es muy débil. El resultado es que, en una sociedad en que es frecuente encontrar a muchas personas en estas condiciones, será cada vez mayor el número de miembros que desobedezcan sus normas legales y éticas.

Actitudes de extremo relativismo ético, de cinismo, amoralidad y, finalmente, de franca criminalidad, son más y más comunes bajo dichas condiciones. En vez de estar controlada a través de normas morales efectivas, la conducta de dicha población se ve

determinada por el ego biológico y por la fuerza bruta, ayudada por el fraude.

Esto es exactamente lo que está sucediendo en la sociedad occidental. A pesar de los progresos y la difusión de la educación, a pesar del mejoramiento en las condiciones materiales de vida y de otros factores que deberían ser moralizantes, la criminalidad no ha disminuído en el último siglo; más bien puede decirse que ha aumentado sensiblemente. Las normas éticas y legales han sido negadas y transgredidas cada vez con más frecuencia. El cinismo ha ido en aumento. Finalmente, en esta guerra, se han violado en gran escala, todas las leyes divinas y humanas por casi todos los gobiernos y por casi todos los países. La desmoralización es ya extrema y el papel de la fuerza bruta, dominante.

Por las mismas razones, la situación discutida ha conducido a un debilitamiento del sentido de lealtad en el individuo, aún en el cumplimiento de sus obligaciones libremente contraídas. Como un inversionista que coloca su dinero en demasiados bancos, un individuo ligado a muchos grupos tiene poca lealtad para todos en general y no es incondicionalmente leal a ninguno. Aún cuando quiera ser leal a un grupo, no podría hacerlo, pues ello significaría una deslealtad para los demás grupos a que pertenece y que son antagónicos al primero.

El resultado es que su sentido de lealtad se desvanece, la línea divisoria entre la lealtad y la deslealtad se borra y los impulsos biológicos dominan en su existencia. Promesas, votos, obligaciones contractuales, todo va perdiendo firmeza y se ve violado con más frecuencia. Una cifra cada vez mayor de divorcios y deserciones nos prueba esto con respecto a los sagrados votos del matrimonio; una violación en gran escala de los tratados internacionales por casi todos los gobiernos durante las últimas décadas, nos demuestra lo mismo, en el plano nacional e internacional. Nuestra edad puede muy bien llamarse la edad de la traición, tanto individual como colectiva, nacional como internacional.

Para resumir: este y otros fenómenos igualmente lamentables son debidos, en gran parte, a la enorme diferenciación social y estratificación de las poblaciones humanas y en una multitud de grupos no armonizados y a menudo divergentes, y al reflejo de dicho proceso en la vida del individuo: la multitud de almas diferentes y a menudo antagónicas que se producen en el individuo que pertenece a dichos grupos.

VII

Mientras prevalezca esta situación, social e individualmente, no podrán abolirse ninguno de sus lamentables efectos. Para el individuo en particular, hay un remedio parcial. Puede renunciar a todos los grupos que son contradictorios y contentarse con pertenecer a aquéllos que le son más queridos. En esta forma puede librarse, hasta cierto punto, del perpetuo antagonismo de sus diferentes almas y de sus terribles consecuencias. Pero este remedio es limitado, pues un individuo no puede separarse de ciertos grupos. A muchos de ellos pertenece por obligación y no por voluntad propia. Por ejemplo, en la mayor parte de los Estados, la ciudadanía no es algo que dependa de la voluntad del individuo. Aun cuando quisiera romper con esta conexión no puede hacerlo y, si lo intenta, lo único que consigue es atraerse las sanciones del Estado. Así pues, el remedio individual a menudo falla para resolver el problema.

El remedio adecuado, tanto para el individuo como para la sociedad, consiste en lograr un reajuste tal de los grupos que su antagonismo franco quede eliminado, entonces impondrá órdenes contradictorias al individuo si lo obligan a ejecutar acciones divergentes. Los grupos y sus exigencias pueden ser distintos, pero, mientras sus relaciones mutuas no sean antagónicas, y las exigencias a sus miembros no sean contradictorias, el individuo puede tener varias almas diversas sin verse mortificado por los conflictos internos. En dichas condiciones el individuo puede ser una unidad

dentro de la diversidad. Puede conservar su integridad y su tranquilidad de espíritu y gozar de los beneficios de dicha situación personal y social.

Esto tal vez explique por qué dicho reajuste de los grupos sociales constituye la tarea principal de nuestra época. Sus valores, normas y actividades pueden continuar siendo diversas, pero deben quedar libres de los elementos mutuamente antagónicos. Esto se podrá lograr solamente cuando todos los grupos sujeten sus valores y normas a un conjunto de valores y normas más elevados y universalmente reconocidos. La esencia de dichos valores y normas para las relaciones internas de los grupos y de los individuos se encuentra sublimemente formulada en el Sermón de la Montaña, y en un nivel inferior, en la Regla de Oro. Si todos los grupos y sus miembros, por diversos que sean, siguen en su ideología y especialmente en sus actividades, estas normas, el mundo puede convertirse en una verdadera unidad dentro de la diversidad y el individuo podrá lograr una real unidad de personalidad, a pesar de la multitud de almas distintas que hay en él.

Si dicha reorganización no puede llevarse a cabo, entonces no hay remedio alguno, ni la solemnidad de la carta firmada por todas las Naciones Unidas, ni el aumento de la prosperidad material ni la multiplicación de las escuelas, ni las bombas y fuerzas atómicas. La humanidad será siempre un grupo organizado dividido contra sí mismo, ahogado en sus odios de grupos, destruyéndose a sí mismo y a su cultura con ayuda de las invenciones científicas. Y el individuo seguirá infeliz, torturado, criatura contradictoria, semiloca y semicriminal. La historia humana ha llegado a su punto más crítico. La humanidad debe escoger sin tardanza entre el camino de la vida y el de la muerte. Si quiere seguir el de la vida, tiene que hacer el reajuste mencionado de los grupos sociales y de las almas individuales. Esperemos y roguemos porque así sea.